

# Los poemas rumanos de Tristan Tzara

*Darie Novaceanu*

## **El dadaísmo antes del dadaísmo**

De vez en cuando, algunos feligreses que no practican más que el culto a la palabra y se resisten a adentrarse en el nuevo siglo, se acuerdan de Tristan Tzara. Y entre estos pocos, hay muchos que saben o presumen saber todo sobre el dadaísmo, la gran proeza que ha hecho añicos las palabras de la poesía europea, pero descubren que no saben cómo eran sus primeras palabras. No conocen lo que suele llamarse «el retrato del artista joven», el que, según voces autorizadas, conserva y transmite, a lo largo de la vida creadora, sus rasgos iniciales impronta reconocible hasta en el último.

En el caso de Tzara las cosas no cambian, pero se complican tres veces: 1) Sus palabras iniciales están escritas en rumano, su lengua materna. 2) Todas las siguientes vienen exclusivamente en francés. 3) El mismo Tzara, por razones muy suyas, ha tratado de «ocultar» este primer boceto. Su temprana y repentina fama mundial, como creador del dadaísmo y, poco después, la mucha y merecida gloria que se le ha reconocido en la poesía francesa como «renovador revolucionario» del lenguaje, han sido los factores determinantes para lograr relegar al olvido sus primeros poemas, los que no tienen más que una sola edición completa en el idioma original (1971) y, salvo al francés, no han sido traducidos ni siquiera parcialmente a lengua alguna. Un primer intento nuestro de traerlos al mundo hispano se ha quedado en nueve títulos (Darie Novaceanu: *Poesía rumana contemporánea*, Barral Editores, 1972). No hemos continuado, a pesar de las insistencias y de la amistad que teníamos con Carlos Barral. Esta vez, por razones nuestras, fácil de justificar. Lo hacemos ahora porque estos poemas merecen ser rescatados: no han perdido vigencia estética alguna. Son como una arboleda condenada a no crecer pero que sigue siendo viva y verde. Sugerencia de lo que hubiera podido ser: bosque frondoso y alto, como los que tenían sus padres, en la comarca moldava de Garceni, donde Tzara pasará muchos ratos y escribirá algunos de estos poemas.

Además de esto, estamos convencidos de que sin ellos, sin el «retrato de Tzara adolescente» no se entiende cómo y de dónde arranca el dadaísmo con sus peculiaridades fundamentales. Tampoco se entienden bien «los

retratos franceses» de Tzara que, por decirlo de algún modo, son muchos Tzara. Siempre el mismo y cada vez otro. Una sola vez el mismo sin más: en sus poemas rumanos.

Para muchos, estas afirmaciones podrían parecer una imprudencia: se supone que, a la altura de nuestros días, todo lo que tenía que decirse sobre el más negativista, más radical, más demoledor y más internacionalista de todos los movimientos que registran las vanguardias artísticas del siglo XX, está ya dicho y bien dicho. Por ser el único que no se proponía construir nada, sino dinamitar todo, empezando por los cimientos, es decir, la tradición, principios, categorías estéticas, valores consagrados, filosofía, moral y hasta pensamiento, el dadaísmo ha gozado de un privilegio exagerado: ninguna otra corriente vanguardista ha despertado, desde sus comienzos, tanto interés, ni ha disfrutado de tanta popularidad póstuma.

Por otra parte, los seis tomos que reúnen la obra completa de Tzara, incluidos –claro, en francés– sus poemas rumanos, trabajo del incansable Henri Béjar (*Tristan Tzara, Oeuvres complètes*, Flammarion, Paris, 1975) ofrecen su retrato definitivo e inamovible.

Sí, así están las cosas. Pero siempre se puede añadir o corregir algo. Por ejemplo, los estudiosos y exegetas de las mencionadas vanguardias apuntan sin vacilar, como sobre una lápida negra, el nacimiento y la defunción del dadaísmo: 8 de febrero de 1916, Zurich-23 de septiembre de 1922, Weimar. Las dos fechas no son falsas, pero tampoco son verdaderas. Bien documentadas y argumentadas, las dos fechas ignoran un hecho unánimemente aceptado: una vanguardia pura, sin ningún ascendiente, incluso cuando está en contra de éste, no es posible. Como el futurismo, por poner un ejemplo que, en sus comienzos, no ha sido más que una actitud anti-dannunzianista. (Cf. George Calinescu, *Principii de estetica*, Editura pentru literatura, Bucuresti, 1968, p. 23). Nuestro convencimiento es que el dadaísmo nace un poco antes, aun antes de los poemas de Tzara, nace en más lugares, y se muere mucho más tarde, más veces, en más sitios y nunca del todo. En Zurich sólo se le inscribe y se le pone el nombre, sin preguntarse por raíces, fuentes, motivos. Luego, sin observar que, una vez puesta en marcha, su máquina se alimentará de su propia energía y seguirá funcionando sin parar, como un *perpetuum mobile* de las emociones artísticas, sean éstas espontáneas o simuladas.

En el origen de esta peculiaridad se halla, desde luego, Tristan Tzara, quien, por decirlo con otras palabras, no ha sido solamente un gran poeta, sino también un fenómeno poético, único y, como todos los fenómenos, imprevisible.

El rescate de su primer retrato se justifica, también, desde este punto de vista. Una lectura de sus primeros poemas, por aplicada que hubiese sido,

no nos habría podido revelar estos y otros pormenores. Al traducirlos, hemos tenido que entrar en su «laboratorio secreto», estableciendo un diálogo difícil, complicado y nunca seguro, por un lado con el texto en sí y, por el otro, con las fuentes «escondidas» en el subtexto, allá donde, a veces supuesta, otras veces evidente, se reúne la influencia tutelar de sus lecturas y la obligatoria comunicación con nuestra poesía, sobre todo con la que se escribía cuando sus comienzos poéticos.

No hay, importa decirlo, ningún estudio dedicado de modo especial a estos poemas. Y la explicación es una sola: la voluntad de Tzara. Dados a conocer, la mayoría de ellos, después de la muerte del poeta (25 diciembre de 1965) cuando el propio dadaísmo no era más que un recuerdo bien remoto, a nadie le ha interesado volver sobre lo dicho. Desandar lo andado ya no es una costumbre. Tanto menos en este caso de reinterpretación crítica que hubiera exigido adentrarse en un terreno de pocos caminos, el de la arqueología literaria. El que nosotros, por fuerza, hemos tenido que recorrer más veces.

Pero las cosas están así y así tenemos que aceptarlas: escritos cuando adolescente, entre 1912 y 1915, los poemas rumanos de Tzara siguen siendo muy poco conocidos. Tanto que hay quienes ni saben que existen, mientras los que sí saben no les han dado la importancia que se merecen o, al contrario, los han valorado mucho más de lo que representan. Equivocados los unos y los otros; cada uno a su manera. Los unos, por ignorar que éstos son los primeros poemas que escribe el fundador y el promotor del dadaísmo; los otros, por no observar que son los definitivamente últimos que escribe en su idioma materno.

Intercambio los verbos y dejando al no donde está, las cosas hubieran vuelto a su sitio normal: los primeros equivocados, al observar que entre estos poemas y la proclamación del dadaísmo no median más que algunos pocos meses –octubre de 1915 y febrero de 1916– habrían tenido motivos de sobra para mirarlos con más interés: considerar que entre ellos y el dadaísmo no existiría relación alguna, significa navegar en un río desconociendo sus manantiales. Al mismo tiempo, ignorar la relación de estos poemas con la poesía rumana de aquel entonces significa no saber nada sobre el cauce de este río y la profundidad de sus aguas.

En cuanto a los segundos equivocados –los críticos y los historiadores literarios rumanos– al no ignorar que Tzara no escribirá nunca más en rumano, se hubieran ahorrado, al menos, la tentación de incluirle entre nuestros más considerados poetas del siglo recién acabado. Es verdad, sin atentar a la jerarquía superior, espacio donde Arghezi, Bacovia, Blaga y Barbu han levantado, cuatro espléndidas columnas, un templo venerado por todos nosotros.

En la inscripción de su nombre entre los que vienen, desde la izquierda a la derecha, después de los cuatro mencionados, se ha considerado que su consagración europea merecía un trato al menos igual en las letras rumanas. Se ha construido así, silogísticamente, una predicción muy optimista en cuanto a su incumplido destino dentro de nuestra poesía y se ha perdido de vista una verdad evidente: a Tzara no le ha interesado este destino. No ha querido ser un gran poeta rumano. Si bien hubo tal tentación, ha sido cosa de poco tiempo, al principio de todo. Su ambición iba más lejos. No le interesaba ser grande dentro de una cultura menor, sin proyección universal, sino dentro de otra, mayor, que ya gozaba de este privilegio. Para él, escribir en rumano era algo así como pintar sobre las nubes. En cambio, esculpir en el mármol que no se desvanece con el primer viento, era mucho mejor. Desde luego, con una sola condición: saber esculpir en este mármol. Y él lo sabía. Lo sabía antes de hacerlo.

Considero oportuno confesar por qué no le hice caso a Carlos Barral, en los setenta, quien insistía en una traducción íntegra de los poemas rumanos de Tzara. Porque a nosotros, jóvenes esperanzas de la poesía rumana, se nos habían cerrado las puertas de la vanguardia poética rumana, incluido Tzara. La política cultural oficial de aquel entonces, nos protegía del «decadentismo», para cruzar libremente el desierto rojo, salmodiando himnos y odas a los que nos gobernaban. Es que la *Prolet-Cult* ha sido de verdad. Tanto, que no me avergüenza reconocer que para llegar a Tzara he tenido que dar la vuelta al mundo y detenerme en la ciudad de Lima. Estábamos a principios de octubre de 1969, cuando Mario Vargas Llosa, desde Santiago de Chile –habíamos estado juntos en un milagroso congreso de escritores– hizo preceder mi regreso a Bucarest con un alto en la capital peruana para dar unas «charlas» literarias rumanas en la Casa de Cultura. José María Arguedas, como director de la institución, me las facilitó con toda su alma. Al final de mis balbuceos dejaba un espacio para lo que suele llamarse coloquio. Entre los asistentes, una voz que olvido dijo: «Como veo que nuestro invitado rumano sabe tanta historia literaria, me permito preguntarle si le recuerda algo la palabra *Apunake*». Por suerte, yo recordaba muy bien: «Es el título de una novela muy breve, de algunas pocas páginas. Un personaje que vuelve a casa andando por la calle de cara a la pared para no ver el mundo. Algo absurdo. Su autor se llama Cugler o algo así, creo que ha muerto ya...». –«No, no ha muerto. Yo soy Grigore Cugler...».

Por la noche, en su casa que tenía como guardia un abeto altísimo, como no los hay más que en los Cárpatos, Cugler me reveló todo un universo lite-

rario rumano, desconocido por mí. Entre otras cosas los poemas rumanos de Tzara, todavía sin circular en Rumania.

Ya en Bucarest, preparando el libro de poesía rumana para Barral Editores, había incluido nueve poemas de Tzara. Estábamos en el mes de mayo de 1971 y había conseguido el visto bueno de las oficialidades: aprobado el sumario, nombres y poemas. Todo iba bien, hasta el aeropuerto, donde me quitaron el pasaporte y el billete de vuelo, obligándome a desnudarme para un «control corporal». Las autoridades buscaban más textos, más poemas «decadentes» que suponían que llevaba escondidos... Dos semanas más tarde, en Barcelona, Carlos me preguntó por qué me había demorado. «Porque no he tenido tiempo de venir antes», le dije. Y no mentía.



# OJOS ATRACTIVOS

*los obtendrá V.  
usando el auténtico  
cosmético*

# Rimmel's



DE VENTA  
EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS



Exija este formato  
de estuche

FABRICANTE  
Concesionario único  
para España

A. PUIG. VALENCIA. 293  
BARCELONA